

APUNTES VERANIEGOS VII

Pedro Zabala

Escribí hace tiempo un artículo que llevaba como título Los Personajes Secundarios. En él evocaba la figura de tres de mi infancia que tenía olvidados. Un personaje secundario, a diferencia de los principales, los protagonistas, es aquel que sólo sirve de relleno para el lucimiento de estos últimos que acaparan nuestra atención.

Cuando reflexiono ahora, desde la altura de mis años, sobre esto, veo que estaba equivocado y que esa diferenciación es injusta. Perjudicial para ellos y, para nosotros, si incurrimos en ella.

Vivir el aquí y el ahora, centrarnos en el presente, signo de madurez, hace que tomemos a cada persona con la que nos cruzamos, aunque el encuentro sea fugaz y episódico, en protagonista. Ella, su rostro, me interpela, reclama toda mi atención, es un tú que la Providencia o el azar, como se quiera llamar, ha puesto en mi camino para que responda con mi corazón y toda mi atención. ¿Sé responder con lo mejor de mí, ofreciendo gratuitamente lo que he recibido de balde?.

Los que nos decimos seguidores de Jesús, tenemos en el Maestro el ejemplo de cómo miraba, atendía a toda persona que le salía al encuentro, como si fuera la única del universo. Sabía mirar, escuchar. Quien se dirigía a Él se sentía comprendido, amado con una misericordia que le impactaba. Algunos hasta respondían, agradecidos, siguiéndole.

Salir de la tribu donde uno ha sido socializado desde sus orígenes, no es fácil. Hay quien no la abandona nunca. En ella encuentra la seguridad para sortear los riesgos de la vida. Llama traidores a los que se han alejado de ella. Crecer como persona exige romper ese cordón umbilical. No es fácil, pero sí necesario. Y cuando salen a la intemperie, se encuentran con otras tribus. Hay quienes se encandilan con alguna de ellas y transfieren a ella la ciega devoción que tenían a la primera.

Unos pocos siguen andando por su cuenta. Reconocen los elementos positivos que se encuentran en todas ellas. Saben

apreciarlos y no dudan en compartirlos, pero con discernimiento. Y no ocultan su ternura con las personas que las componen, la suya originaria y la demás, aunque vean con tristeza que siguen atezadas por sus miedos.

Ser lobos solitarios y solidarios a la vez es un reto necesario para ser personas auténticas. De ahí la alegría que experimentan cuando encuentran a otros lobos de los mismas características. Si pueden aunar esfuerzos para conseguir sus objetivos, trabajan en equipo leal y confiadamente.

Admiro el adiestramiento de ciertos perros y la inteligencia de éstos para ciertas tareas humanitarias: guías para ciegos; búsqueda de personas desaparecidas o enterradas en derrumbes; ciertas terapias para algunas personas, especialmente niños, con algunos problemas.

Lo que no comprendo es el silencio de los llamados animalistas, defensores de supuestos derechos de los animales ante una forma muy frecuente de maltrato. ¿No lo es el privarles de su libertad natural, para convertirlos por mero capricho, en mascotas?.

La superabundancia de mascotas en nuestras ciudades obliga a la imposición a sus dueños de bastantes obligaciones: vacunaciones forzadas, chips de identificación, llevarlos atados con correa y, si son peligrosos además con bozal, recoger sus heces (¿y sus abundantes orines?). Suele exigirse a los ayuntamientos que les habilite un espacio público donde puedan correr a sus anchas.

Ante los abundantes sucesos horribles que nos traen cada día los medios de comunicación, no faltan los que se preguntan si el hombre es bueno por naturaleza, para contestarse negativamente. Los eruditos recuerdan la exaltación optimista de Rousseau frente a la negativa de Hobbes. Dos visiones antropológicas contrapuestas con propuestas inicialmente opuestas. La democrática de Rousseau frente a la autoritaria de Hobbes. Pero la "volonté generale" de aquél, llevada al extremo conduce a la misma meta del segundo: la justificación del totalitarismo.

Por naturaleza el hombre lleva en sí mismo tanto la tendencia hacia el bien como hacia el mal. Depende tanto de la socialización que ha recibido desde su misma tierna infancia, como de las decisiones

que ha ido tomando a lo largo de su existencia. Haber recibido un amor incondicional desde el nacimiento inclina a la bondad. No haberlo tenido empuja hacia el mal. Pero, ¿por qué, unos crecidos en un ambiente benéfico acaban cometiendo atrocidades y otros, a pesar de sus orígenes torcidos, son capaces de superarlos y de comportarse éticamente?. Pues, porque existe el libre albedrío que nos hace responsables, con más o menos facilidades, de nuestros actos.

El ambiente nos influye muchísimo, indudablemente. Pocos son capaces de ir contracorriente. El imperante neoliberalismo, con su búsqueda del beneficio egoísta y a costa de lo que sea, ¿no nos condiciona y nos empuja a la competición despiadada, a manipular a los otros como trampolín para nuestros éxitos, a la mentira y a la perversidad?